

Artur Mas
Presidente de la
Generalitat de
Cataluña



«Una persona con una gran capacidad de liderazgo y de asumir cambios y riesgos»

Íñigo Urkullu
Lehendakari del
País Vasco



«Tuvo la capacidad de tejer acuerdos entre muy diferentes»

Susana Díaz
Presidenta de la Junta de Andalucía



«Un político clave para el proyecto democrático de España. Dialogante y conciliador»

María Dolores de Cospedal
Pdta. de Castilla-La Mancha



«Permanecerá su legado político y su categoría humana como ejemplo a seguir»

J. Durao Barroso
Presidente Comisión Europea



«Ha sido un ejemplo para toda la clase política europea por su tolerancia y liderazgo»

«Superó las dificultades para una nueva etapa»

Alfredo Pérez Rubalcaba Líder del PSOE

González reconoce el papel «clave» que tuvo en el asentamiento de la democracia y el entierro de la dictadura

R. GORRIARÁN

MADRID. «Supo unir a quienes desde posiciones políticas distintas compartían un compromiso por la libertad». Así despidió Alfredo Pérez Rubalcaba a Adolfo Suárez, al que mostró «la admiración y el respeto» de todo el PSOE por su «obra». También los expresidentes socialistas Felipe González y José Luis Rodríguez Zapatero tuvieron sentidas palabras hacia el primer gobernante de la democracia. El secretario general del PSOE hizo una de-

claración desde la sede de su partido en la que puso de relieve «el firme compromiso» del expresidente con «la libertad, la democracia y el orden constitucional».

Rubalcaba rindió homenaje al «coraje y las convicciones» de Suárez superar «las dificultades inherentes a la apertura de una época histórica nueva». En esta tarea, agregó, buscó y halló puntos de encuentro entre quienes desde diferentes posiciones políticas estaban empeñados en «construir una España en la que cupiéramos todos».

El líder de la oposición destacó dos hitos en la labor política de Suárez, los pactos de la Moncloa y la Constitución. Ambos acuerdos, defendió, son «el mejor reflejo de su empeño personal, su capacidad de comprensión y su inteligencia» para

alcanzar compromisos entre fuerzas políticas antagónicas. Rubalcaba se mostró además convencido de que el expresidente ocupará «para siempre un lugar esencial» en la historia de España.

Amistad encima de las ideas

Felipe González, el gran rival de Suárez como líder de la oposición, aseguró sin matices que «el paso de una dictadura a una democracia pluralista, tantas veces frustrada en nuestro país, se debe a su tarea». El expresidente socialista indicó que las cualidades de Suárez para «el diálogo y el compromiso» fueron «claves» para el asentamiento de la democracia.

En el terreno personal, recordó que pese a sus duros desencuentros compartieron «momentos claves de nuestra historia y una amistad que superaba las discrepancias lógicas en el pluralismo de las ideas. Tengo un recuerdo imborrable de su figura y de su tarea». Otro gran adversario, el también socialista Alfonso Guerra rememoró que fue un hombre «generoso, empático y bastante agradable» que en política «sabía hasta dónde podía llegar», no por «ambición» sino por «lucidez» sobre cuáles eran sus límites. Recordó que su nombramiento fue acogido con «desconfianza por algunos y rechazo por otros», pero al



Rubalcaba abandona la clínica Cemtro. :: Ó. CHAMORRO

final jugó un papel determinante para la democracia.

También Rodríguez Zapatero puso en valor que Suárez «lideró el cambio de una vieja y desgarrada nación a un país democrático y reconciliado consigo mismo». Si la Transición fue «un gran ejemplo para el mundo» se debe a su «actitud, su afán de concordia, su determinación y su valentía». Recordó que tuvo una conversación larga con Suárez el 12 de octubre de 2001,

en la que recibió consejos para su labor entonces de jefe de la oposición, y ya entonces advirtió «los síntomas de su pérdida de memoria», tres años antes de que su familia lo anunciaría.

El PSOE suspendió el mitin que debía celebrar ayer con la presentación de las candidaturas para las elecciones europeas. En el acto deberían haber participado Rubalcaba, González, Zapatero, Guerra, Elena Valenciano y Javier Solana.

Hasta hace poco, quienes se aproximaban al análisis de la política exterior de Adolfo Suárez solían hacerlo desde la displicencia, cuando no la ironía. Esto ha dado lugar a una visión simplista de su actuación internacional, construida sobre tópicos como su ‘radical monolingüismo’ o sus escasos conocimientos sobre el mundo exterior. Sin embargo, últimamente se viene abriendo paso una interpretación más positiva y matizada de su acción exterior, que seguramente se afianzará a medida que se vaya conociendo la documentación diplomática de la época.

En contra de lo que ha solidificado, Suárez sí tenía una visión propia del papel de España en el mundo. Aunque fuese un objetivo obvio y ampliamente compartido, siempre tuvo claro que el ingreso de España en la entonces Comunidad Europea debía ser su máxima prioridad. Así lo demuestra la rapidez con la que su primer ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja, presentó la solicitud de adhesión nada más celebrarse las primeras elecciones democráticas. Lamentablemente, la Comunidad

atravesaba entonces una profunda crisis interna, que tardaría varios años en resolverse, por lo que no cabe atribuir al gobierno español las dificultades surgidas en las negociaciones de adhesión, que se prolongaron hasta 1985.

En cambio, Suárez se mostró ambiguo ante el posible ingreso de España en la OTAN, actitud que algunos atribuyeron a un antiamericanismo latente, cuando no a un ingenuo ‘tercermundismo’. Sin embargo, su postura al respecto nunca fue irracional. Jamás se sintió cómodo con el Tratado de Amistad y Cooperación firmado con Estados Unidos en 1976, y dada la forma en que se negoció y las escasas contrapartidas que contenía, no le faltaron motivos para ello. Como a otros políticos españoles de la época,

tampoco dejó de sorprenderle el caso apoyo de Estados Unidos al proceso democratizador. Suárez no tardó mucho en concluir que a España solo se le escuchaba en Washington cuando planteaba un problema (generalmente relacionado con el uso de las bases), o cuando ofrecía una solución (casi siempre ajena al ámbito bilateral). De ahí que cultivara a conciencia su papel de mediador, sobre todo en relación con el mundo árabe, pero también en Centroamérica, actitud que fue positivamente valorada por Jimmy Carter. Por desgracia, ello no bastó para que Washington se implicara a fondo en la lucha contra el terrorismo de ETA a nivel internacional, postura que Suárez nunca comprendió. La actitud de Suárez hacia Estados Unidos y la OTAN debe si-

tuarse en el contexto internacional en la que se fraguó.

A su entender, la dinámica bipolar propia de la Guerra Fría resultaba contraproducente (y limitadora) para una potencia periférica como España, que no pertenecía al núcleo duro del bloque occidental. Visto así, a España la incorporación a la Alianza no le aportaba nada que no tuviese ya gracias a la relación bilateral con Estados Unidos, incluso en caso de una improbable agresión soviética. En cambio, su presencia en la OTAN podía mermar la capacidad de España para actuar como ‘puente’ o ‘bisagra’ entre Occidente y otras regiones (y culturas) del mundo. Suárez apostó fuerte por este papel mediador, como demuestra su deseo de que Madrid albergara una nueva sesión de la

CHARLES POWELL
DIRECTOR DEL REAL INSTITUTO ELCANO

LA BÚSQUEDA DE UN PAPEL PARA ESPAÑA EN EL MUNDO



Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa. Esta autonomía e independencia de criterio explican tanto su visita a Castro en 1978, algo perfectamente legítimo tratándose de un mandatario español, como la presencia de España en la Conferencia de Países No Aliados celebrada en La Habana en 1979, que muchos estimaron desafortunada.

La ‘timidez otánica’ del presidente también tuvo causas internas: inicialmente, temió que el debate sobre la OTAN socavaría el consenso constituyente; más adelante, se resistió a entregarle a la izquierda la bandera del no alineamiento. Sin embargo, a decir de su segundo ministro de Asuntos Exteriores, José Pedro Pérez Llorca, en el otoño de 1980 Suárez aceptó finalmente el ingreso en la Alianza como única fórmula viable para superar una relación con Washington excesivamente asimétrica.

Con sus errores y aciertos, Suárez merece nuestro respeto por sus esfuerzos por definir un nuevo papel para España en el mundo, que sin duda facilitaron su definitiva reincorporación a la comunidad internacional.